

## EL ATENEO DE LA JUVENTUD: CATEGORÍAS PARA UN ANÁLISIS SOCIO-HISTÓRICO DE LOS GRUPOS LITERARIOS

César Guevara González<sup>1</sup>  
Erasmó Hernández García<sup>2</sup>  
Jesús López Argüelles<sup>3</sup>

### Resumen

Este artículo comienza poniendo a prueba la utilidad de la categoría de *clivajes políticos* para comprender las posiciones que asumen los escritores y los intelectuales frente al estado y el mercado. Se busca demostrar que a lo largo de la historia moderna de México se encuentran principios de división durables y constantes que generan fracturas entre los escritores y son el origen de numerosas polémicas y desencuentros en el campo artístico-literario. Después de explicar en qué consisten estos clivajes se muestra el papel que éstos jugaron dentro del Ateneo de la Juventud y cómo los actores de este grupo lograron posicionarse por partida doble en el campo artístico y el campo político. La sociología de la literatura será también de gran ayuda para desmitificar las formas de consagración artística más allá de las posturas que reivindican la genialidad individual para explicar el reconocimiento de los escritores, su prestigio social y el capital político que lograron acumular.

**Descriptor:** Clivajes políticos – Ateneo de la juventud – sociología de la literatura – José Vasconcelos – intelectuales y poder.

### Las fracturas socio-políticas que atraviesan la historia de los escritores mexicanos

En teoría política, *los clivajes políticos* (*political cleavages*)<sup>4</sup> son principios de división durables los cuales estructuran los comportamientos políticos, expresados en los sistemas de partidos y la competencia electoral, y cuya naturaleza depende de la estructura social de las sociedades modernas. Este concepto parte de la idea de que la sociedad está atravesada por diferencias y antagonismos susceptibles de expresarse en el terreno político. A partir de los análisis ya clásicos

---

<sup>1</sup> Doctor en Ciencias Políticas, profesor Facultad de sociología, Universidad Veracruzana, ceguevara@uv.mx

<sup>2</sup> Doctor en Antropología, director de la Facultad de Sociología, Universidad Veracruzana, erhernandez@uv.mx

<sup>3</sup> Doctor en Ciencias Humanas, profesor Facultad de sociología, Universidad Veracruzana, jesuslopez@uv.mx

<sup>4</sup> El trabajo seminal a partir del cual se inicia una discusión sobre los clivajes políticos apareció en una obra colectiva sobre los patrones de voto entre el electorado: Lipset, Seymour M. y Rokkan, Stein, «Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: an Introduction», in Rokkan, Stein y Lipset, Seymour M. (Ed.), *Party System and Voter Alignments*, New York: The Free Press, 1967, p. 1- 64.

de Lipset y Rokkan sobre las líneas de polarización socio-políticas de las democracias occidentales modernas, se explica cómo estos «clivajes» son consecuencia de las transformaciones ligadas a la revolución industrial, la revolución francesa y la constitución de los Estados Nación. El clivaje más evidente, producto de esas transformaciones, es el existente entre la constitución de un proletariado y la formación de los dueños de las industrias; pero también en el terreno político se produce una fractura, a partir de la consolidación del Estado-nación, entre los centros (el poder federal o nacional, si se quiere simplificar) y las periferias recelosas de reconocerse como parte de una nación unificada. Otro antagonismo, consecuencia de la modernidad política y económica, se presenta entre el Estado y la Iglesia. También la modernidad implica una separación entre las zonas urbanas y las zonas rurales que se expresará en conflictos regionales. Lo interesante de esta idea es analizar cómo estas fracturas sociales permiten explicar los alineamientos partidistas y electorales (partidos obreros, demócrata cristianos, regionalistas, etc.), los cuales serán la expresión de estas divisiones. La otra idea rescatable es que los clivajes son «principios de división durables». En efecto, hoy se discute si los recientes cambios producidos en la sociedad<sup>5</sup> permiten seguir utilizando estas formas de división social para explicar los comportamientos políticos de las sociedades contemporáneas, pero ello no implica que, como principio explicativo, la teoría de los clivajes permita unir sociología y ciencia política para analizar de forma comparativa largos períodos históricos.

Si reflexionamos la teoría de los clivajes, en tanto que «principios de división durables» dependientes de una estructura social, para explicar la toma de posición política por parte de los escritores, podríamos también encontrar algunos elementos heurísticos para el análisis comparado, sin que ello implique que los principios de diferenciación entre los escritores sean la reproducción de los clivajes planteados por Rokkan. Las formas de división entre los escritores son explicables a partir de cuestiones internas vinculadas a sus mecanismos de reconocimiento artístico, pero también a sus posiciones políticas y a su relación con el Estado. Así, nosotros encontramos, para el caso mexicano, que es el que nos interesa en este momento, los siguientes principios de división durables que pueden constatarse histórica y empíricamente:

a) nacionalismo / cosmopolitismo;

---

<sup>5</sup> En efecto, el advenimiento de las sociedades complejas y altamente diferenciadas, donde se produce una fragmentación de las identidades colectivas, dificulta, en apariencia, seguir utilizando la hipótesis que defendería «un congelamiento de los clivajes políticos». Añadido a lo anterior, el fenómeno de la volatilidad electoral y la aparición de los partidos «atrapa todo» cuestionaría también esta hipótesis. Sin embargo, las ideas de estos autores, están lejos de perder su capacidad heurística en la ciencia política y Peter Mair ha propuesto combinar la categoría de «sistemas de partidos» con la de «tipos de partidos» para repensar la hipótesis de la estabilidad de los clivajes. Así, por ejemplo, pueden encontrarse diferentes combinatorias entre las cuales destaca la existencia de partidos inestables, pero dentro de un sistema de partidos estable o, en el otro extremo de la combinatoria, países con partidos estables y un sistema de partidos inestable. Para profundizar sobre esta temática ver: Mair, Peter, «L'Hypothèse du gel des clivages politiques: une évaluation», in *Revue internationale de politique comparée*, vo 1. 5 n° 3, p. 669-693.

- b) arte al servicio del pueblo / arte elitista;
- c) independencia/vinculación con el Estado y sus agentes.

Efectivamente, si nosotros retomamos la historia de la literatura mexicana, desde los escritores románticos, identificados con la Academia de Letrán, hasta los escritores de los años ochenta, por lo menos, veremos cómo estas líneas de polarización han marcado las discusiones políticas de los literatos y cómo estas discusiones revelan también el propio posicionamiento social de los escritores y su relación con el Estado- Nación.

Ya sea que retomemos a los escritores Románticos, los Modernistas, los Ateneístas, los Contemporáneos, y más recientemente la generación de la Casa del Lago o a personalidades individuales como José Revueltas u Octavio Paz; veremos cómo todos estos grupos y autores se han enfrascado, en uno u otro momento, en polémicas y desacreditaciones mutuas asociadas con las líneas de división marcadas arriba: los discursos de Altamirano sobre la necesidad de escribir para el pueblo; los modernistas criticando el nacionalismo de los románticos; el nacionalista Héctor Pérez Martínez reprochándole al antiguo ateneísta Alfonso Reyes el olvido en su obra literaria de lo mexicano; el grupo de Los Contemporáneos,<sup>6</sup> reacios a que el arte se convirtiera en propaganda al servicio del Estado al tiempo que eran denostados por parte de los artistas que se consideraban nacionalistas y comprometidos con un arte social<sup>7</sup>, son ejemplos de estas fracturas. En el pasado reciente observamos las mismas divisiones: La Revista de Literatura Mexicana que Castro Leal publica en 1940 y que se concentró exclusivamente en la literatura mexicana,

---

<sup>6</sup> Aquí nos referimos a Novo y Cuesta, principalmente, pero para evitar simplificaciones, debe mencionarse que entre los propios contemporáneos existían diferencias respecto a su postura nacionalista y su relación con el Estado: «Debo reconocer que desde su tesis de 1960, Merlin H. Forster ya se había enfrentado de algún modo a este problema. Con el mismo aplomo con el que había establecido la presencia de tres factores que le permitirían depurar la lista de Contemporáneos, Forster señalaba que era posible distinguir tres subgrupos sucesivos. El primero estaría compuesto por Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, José Gorostiza y Jaime Torres Bodet. El segundo, por Salvador Novo y Xavier Villaurrutia; y el tercero, por los benjamines del grupo, Jorge Cuesta y Gilberto Owen.

Esta subdivisión en grupos o en promociones generacionales, sin embargo, deja en pie el problema planteado. Entre la promoción del Nuevo Ateneo de la Juventud y los redactores de Examen, la fallida revista en la que participarían Cuesta y Owen, hay diferencias notables. Para decirlo con una sola pincelada: los primeros son mexicanistas; los segundos, universales. A los primeros les preocupan, como se ha visto, el paisaje y el espíritu de la raza; la esencia nacional, para Cuesta, en cambio, no es sino una superchería.» Escalante, Evodio, «Contemporáneos y estridentistas en el estadio del espejo», en Olea, Franco Rafael y Staunton, Anthony, *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*, El Colegio de México, 1994, p. 396-397.

<sup>7</sup> Los desacuerdos entre las artistas nacionalistas y Salvador Novo se manifestaron de manera clara al interior de la revista Forma que apareció entre 1926 y 1928, en la época de Puig Casauranc en la SEP, y que estaba dedicada a las artes plásticas fundamentalmente: «La batalla de Forma dice más de lo que calla, porque su manera de callar es elocuente. Los nacionalistas no podían deshacerse de los "exquisitos" porque Novo era, a fin de cuentas, el del dinero. Los "exquisitos" se divertían molestando a los nacionalistas con sus pequeños sabotajes ideológicos. Revista híbrida en ese sentido, Forma contiene el germen de la disputa sobre nacionalismo y universalismo que ya después, cada grupo con sus respectivos órganos de difusión, sostendrá en su momento.» Sheridan, Guillermo, *Los contemporáneos ayer*, México: FCE, 1985.

encuentra su respuesta en la Revista Mexicana de Literatura fundada por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo en 1955, la cual se declaraba abiertamente internacionalista. La destitución en 1965 de Orfila Reynal del Fondo de Cultura Económica, en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz, bajo el argumento oficial de «que era argentino», y el respaldo de los intelectuales que lo acompañaron en la fundación de la editorial Siglo XXI, muestran también las tensiones alrededor del nacionalismo y la relación que los escritores guardan con los poderes públicos. En lugar de Orfila Reynal entra a dirigir el Fondo de Cultura Económica Salvador Azuela, hijo del novelista Mariano Azuela, y con una reconocida filiación nacionalista. La llamada «Generación del Medio Siglo» o de «La Casa del Lago» también mantuvo una práctica cosmopolita, aunque algunos de sus miembros no les gustara el calificativo, padeciendo los embates de los escritores considerados nacionalistas y ligados directamente a la presidencia de la República. Los escritores de La Casa del Lago encontraron su plataforma de despegue en los apoyos otorgados por el Centro Mexicano de Escritores<sup>8</sup>, para después posicionarse estratégicamente en la propia Casa, en el Fondo de Cultura Económica (en la época de Orfila Reynal), la Universidad Autónoma de México, la Revista de la Universidad, La Palabra y el Hombre de la Universidad Veracruzana, La revista Mexicana de Literatura y el suplemento del periódico Novedades «México en la Cultura», dirigido por Fernando Benítez antes de que por motivos políticos se trasladara a la revista Siempre. En 1966 García Terrés fue destituido de la dirección de Difusión Cultural de la UNAM y lo sustituyó García Cantú, el cual se encargó de hacer una purga de los escritores de La Casa del Lago, destituyéndolos de varios de los sitios clave que habían ocupado y sobre los cuales mantenían un importante control político- intelectual. A este respecto Huberto Batis comentó: «Tocó al nacionalismo ramplón, demagógico y populista intentar destripar a mi gente de letras [...] [En] aquellos tiempos oscuros del abyecto diazordacismo, en aquel río revuelto, García Cantú implantó, desde Difusión Cultural de la Universidad Nacional, la represión de todo arte, literatura y pensamiento crítico que no se ocupara en contarle las lentejuelas a la china poblana.»<sup>9</sup>

La llegada de Luis Echeverría al poder y la incorporación de muchos escritores a las nóminas oficiales o puestos públicos también volvieron a generar intensos debates sobre la relación entre

<sup>8</sup> Para realizar una investigación sociológica sobre las redes de intelectuales y escritores del medio siglo que defendieron un discurso «internacionalista» y los nodos que los articulan es importante, sin duda, analizar el papel que jugó el Centro Mexicano de Escritores: «En 1951, se fundó el Centro Mexicano de Escritores. La lista de becarios del centro se parece a un «Quién es quién» de las letras mexicanas. Tanto Arreola, como Emanuel Carballo, Castellanos, Fuentes, Juan García Ponce, Jorge Ibarguengoitia, Elena Poniatowska y Rulfo fueron becados por el centro durante las primeras décadas de este. Allí, cimentaron los vínculos forjados durante sus colaboraciones (antes y después) en la UNAM, en las revistas y en otros medios culturales mexicanos. Además se formaron aquí paradigmas literarios, se perpetuaron ideas acerca de la canonicidad y se reforzó la orientación occidentalista del grupo intelectual dominante» Cohn, Deborah, «La construcción de la identidad cultural en México: Nacionalismo, cosmopolitismo e infraestructura intelectual, 1945-1968», en Vanden Berghe, Kristine y van Delden, Maarten (Coord.), *Foro Hispánico*, n° 22, Editions Rodopi / Presses Universitaires de Namur, p. 89.

<sup>9</sup> Batis, Huberto, *Lo que Cuadernos del Viento nos dejó*, México, Diógenes, 1984, p.140, citado por Pereira, Armando, «Juan García Ponce y la escritura cómplice», en *La escritura cómplice. Juan García Ponce ante la crítica*. México, ERA, 1997, p. 16.



los intelectuales y el poder. En los años ochenta, durante la presidencia de Carlos Salinas, veremos a revistas como Nexos y Vuelta discutiendo sobre la relación entre los escritores y los apoyos oficiales a raíz de los eventos internacionales organizados, de forma separada, por estas dos revistas. Si a J. Goebbels, el Ministro de Propaganda de Hitler, se le atribuye la frase «cuando oigo la palabra cultura saco mi pistola», a Carlos Salinas se le atribuye aquella de que «cuando oigo la palabra intelectual, saco mi cartera». Fuera de lo anecdótico, el hecho es que la relación de los escritores con los poderes públicos siempre se ha mantenido como un eje constante de fractura y de competencia por recursos escasos y discrecionales. Por otro lado, después del parteaguas que significó el desmantelamiento del grupo de La Casa del Lago, el clivaje cosmopolitismo-nacionalismo comienza a debilitarse paulatinamente como generador de polémicas, pues en el contexto actual pocos son los partidarios de regresar a una escritura nacionalista o desvinculada de las influencias y corrientes generadas a nivel mundial. La razón político social de este hecho es que el Estado y sus instituciones abandonaron la narrativa nacionalista tradicional con la cual el mismo Estado construyó su imagen postrevolucionaria, por lo que los escritores e intelectuales están desprovistos de cualquier asidero -financiamientos, promociones, instituciones, etc.- que les permita desarrollar una postura de este tipo, incluso desde la perspectiva de una «ortodoxia pragmática»<sup>10</sup>. Finalmente, la división entre literatura para el gran público y literatura legítima permanece como marca de separación, y el uso peyorativo que en México se le da al término «literatura light», revela uno de los mecanismos utilizados por los autores consagrados para bloquear el acceso de ciertas novelas al estatuto de obras mayores. Este último clivaje revela una paradoja mayor la cual atraviesa al mundo del arte en general: por una parte se busca que esta actividad sea reconocida y apreciada por públicos extensos pero, por la otra, se considera que la popularización de la obra artística contribuye al debilitamiento de su «aura»<sup>11</sup> y el acceso al gran público se convierte, entre los propios artistas, en una forma de

<sup>10</sup> El término lo utiliza Paula López Caballero para realizar una crítica a los estudios que se centran en los mecanismos que tiene el Estado para imponer su narrativa oficial de la Nación y se olvidan de que los grupos y las comunidades tienen la capacidad de reapropiarse de los discursos oficiales para adecuarlos a sus realidades locales y utilizarlos de una forma pragmática en función de contextos concretos. Aunque esta precisión es correcta, pensamos que los intelectuales, hoy en día, tienen pocas oportunidades de ejercer una apropiación pragmática del nacionalismo tradicional porque el Estado, a nivel de sus políticas públicas, busca insertarse y armonizarse con los parámetros de las instancias internacionales de regulación económica, financiera y educativa. Ello no significa que en ciertos momentos el Estado no recurra a la exaltación de los sentimientos nacionalistas, sobre todo cuando hay problemas diplomáticos o críticas del exterior a la política oficial mexicana. Lopez Caballero, Paula, « Le nationalisme ordinaire, un régime de vérité pragmatique? Anthropologie des symboles nationaux au Mexique », in *Raisons politiques*, no 37, Presses de Sciences Po, febrero de 2010, p. 79-88.

<sup>11</sup> Nos referimos aquí al sentido que le da al término Walter Benjamin, cuando analiza los efectos estéticos y sociales que se producen cuando la obra de arte puede reproducirse al infinito, gracias a las nuevas tecnologías. Benjamin, como otros teóricos de la Escuela de Frankfurt, desconfía de la cultura de masas que anuncian los albores del siglo XX y considera que con la reproductibilidad de la obra de arte se pierde «su aquí y ahora», su existencia irrepetible y la tradición que la acompaña: «resumiendo todas estas deficiencias en el concepto de aura, podremos decir: en la época de la reproducción técnica de la obra de arte lo que se atrofia es el aura de ésta». Igualmente, para el autor, con la reproducción masiva de la obra artística, se atrofia la capacidad de apreciación y de goce estético que

descrédito. La búsqueda de las vanguardias<sup>12</sup> y la proclama de su agotamiento no son más que dos caras de la misma moneda: el uso de códigos restringidos y centrados en la forma y el concepto siguen funcionando como elementos que, al garantizar un consumo elitista, contribuyen a reforzar el estatuto elitista del propio productor. El Estado y las diferencias sociales no son las únicas instancias que intervienen en las profundas disimetrías existentes en la apropiación de los bienes simbólicos ligados a la producción artística, sino una dinámica inherente a las formas de distinción y reconocimiento que operan entre los artistas mismos, la cual los obliga a la creación constante de nuevos códigos de producción y lectura de las obras.

### **El Ateneo de la Juventud: la relación entre política y cultura.**

A partir de lo planteado arriba puede verse cómo los clivajes, como principios de división durables, permiten entender las oposiciones y polémicas entre escritores al momento que hacen explícita su postura política, sin embargo, en el caso particular del Ateneo de la Juventud, lo que nosotros buscamos explicar es cómo al interior del mismo grupo existían estas fracturas y cómo su existencia influyó en la dispersión del grupo, pero al mismo tiempo le permitió cierta flexibilidad clave para posicionarse entre las diferentes fracciones triunfantes del periodo revolucionario. Para continuar con esta línea de argumentación es necesario ubicar al Ateneo con respecto a otros dos grupos que lo antecedieron históricamente y donde los clivajes literatura para las masas/literatura de elite; nacionalismo/cosmopolitismo, y dependencia / independencia del Estado se marcan de una manera particular. Finalmente, los ateneístas no podían hacer abstracción en su propia práctica de estas divisiones que marcaron a sus antecesores, aunque ellos las conjugaron de otra forma.

Si se ubica históricamente al Ateneo de la Juventud en relación a generaciones anteriores de escritores, como el grupo que se reunía en la Academia de Letrán a mediados del siglo XIX, o a los modernistas quienes escribieron buena parte de su obra bajo el orden porfiriano, pueden percibirse diferencias, pero también similitudes. En el caso del grupo que se reunía en la Academia de Letrán, conformado, entre otros escritores, por Manuel Altamirano, Guillermo

---

puede proporcionar la contemplación de una obra irrepetible. Benjamin, Walter, «La Obra de Arte en la Época de su Reproducibilidad Técnica», in *Discursos Interrumpidos*, Madrid: Taurus, 1973, p. 21-22.

<sup>12</sup> Como apunta Nathalie Heinich, las vanguardias artísticas, históricamente hablando, tendrían por característica su no aceptación por las instancias oficiales de consagración, al tiempo que eran rechazadas también por los públicos tradicionales. Sin embargo, en la actualidad y después de los años sesenta, donde convencionalmente se ha marcado la línea divisoria entre el arte moderno y el arte contemporáneo, lo que se observa es que la palabra vanguardia comienza a perder sentido en un mundo donde el mercado y las instituciones se encargan de poner en valor las obras de ruptura de una forma acelerada: ¿si la vanguardia se caracterizaba por la transgresión de códigos, qué queda de ella cuando las formas de ruptura se institucionalizan y son reconocidas rápidamente en el mercado del arte? La búsqueda de lo nuevo y el ensanchamiento del mundo del arte contemporáneo (arte conceptual, body art, land art, arte in situ, instalaciones) son formas que permiten a la actividad artística mantener su «régimen de singularidad» y explorar zonas diferentes de intervención desplazando los límites y mezclando lo que antes estaba separado. Ver: Heinich, Nathalie, *Le triple jeu de l'art contemporain: sociologie des arts plastiques*, Paris, Minuit, 1998.

---

Prieto e Ignacio Ramírez, se percibe una escritura influida por el romanticismo europeo y muchas veces ligada a temáticas nacionalistas con la pretensión de escribir sobre y para el pueblo, e incluso con contenidos adoctrinadores<sup>13</sup>. Al mismo tiempo, es difícil separar en estos escritores su actividad política de su labor como escritores y periodistas<sup>14</sup>. Por otra parte, las luchas entre liberales y conservadores, las invasiones extranjeras y la inestabilidad de la vida social en general, llevaron a muchos miembros del grupo a participar directamente en los conflictos o asumir una posición política clara. En aquel momento era difícil concebir la actividad del escritor separada del activismo político. En contraste, para la generación siguiente, los modernistas, quienes desarrollaron su trabajo durante la relativa estabilidad del régimen porfiriano, la idea de una escritura que encuentra su perfección en sí misma y donde la forma es suficiente motivo de legitimidad de la obra literaria, cobra fuerza y se convierte en una marca de identidad.

El Grupo de la Academia de Letrán provenía en general de clases medias o populares: Ignacio Ramírez, de origen indígena, apoya a su discípulo Manuel Altamirano para que éste pueda continuar sus estudios mediante una beca. Guillermo Prieto tiene como benefactor a Andrés Quintana Roo. Sobre Ignacio Rodríguez Galván no hay muchos datos biográficos, pero se documenta que tuvo una infancia difícil desde el punto de vista económico<sup>15</sup>. La mayor parte de

---

<sup>13</sup> En este sentido Altamirano en muchos de sus escritos insistió en el papel de la novela como formadora de sentimientos patrióticos, y en sus posibilidades para educar a las masas: «La novela es indudablemente la producción literaria que se ve con más gusto por el público, y cuya lectura se hace hoy más popular. Pudiérase decir que es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil que aceptasen. La novela no es solamente un estúpido cuento, forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones (...) La novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la Biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario. Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas. Escritos de Literatura y Arte*, vol. XII, México, Sep, 1988, p. 39.

<sup>14</sup> Con respecto a los novelistas románticos mexicanos Emmanuel Carballo apunta: «El sentido artístico será desplazado a un lugar secundario. El ritmo de la vida, más rápido que durante la colonia, las solicitaciones permanentes de la política, no brindan al escritor el ocio necesario para depurar los productos del arte. Además, los escritores no lo necesitan: cambian la torre de marfil por las redacciones de los periódicos, las oficinas públicas, los juzgados, las cámaras de diputados y senadores, las cárceles y, en algunos casos, los campos de batalla.

Los escritores, en este caso concreto los novelistas, se fijan tareas que deben cumplir en plazos breves. Sus obras son de contenido moralizante, educacional, de tesis. Se deben a un público no especializado a quien tienen la obligación de deleitar y enseñar. La novela del siglo XIX, en ese sentido, guarda cercano parentesco con los propósitos del teatro del siglo XVI. Como el teatro catequista, los narradores usan sus textos para infundir ideas, para propagar normas de conducta. «Ante todo está la moral –como diría Altamirano--, a la que se le debe añadir la seducción de la poesía.» Carballo, Emmanuel, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Xalli, 1991, p. 50.

<sup>15</sup> Algunos datos son proporcionados por Guillermo Prieto en *Memorias de mis tiempos*. Julio Jiménez Rueda comenta también al respecto: «La vida de Ignacio Rodríguez Galván es íntegramente romántica. Nació en Tizayuca, del Estado de México, el 12 de marzo de 1816. Una pasión desdichada amarga su juventud. La pobreza lo acosa. Parte de México para el desempeño de una comisión en el extranjero cuando lo sorprende una violenta enfermedad

ellos permanecen principalmente en México, se declaran nacionalistas, (en oposición al cosmopolitismo de los modernistas) y se ven atrapados por una turbulencia histórica de la cual no era fácil aislarse. La crítica que realizan los modernistas a los «excesos del romanticismo» y su negativa a producir una escritura didáctica o nacionalista marcan una ruptura importante con la Academia de Letrán. Los modernistas serían los encargados de matar al águila, emblema del nacionalismo romántico, y de sustituirla por un cisne el cual a su vez sería denunciado posteriormente por anacrónico y fatuo. Sería erróneo, sin embargo, suponer que esa ruptura con la literatura de corte nacionalista y con las idealizaciones típicas del romanticismo sobre la cultura popular eran sólo producto de un afán de visibilidad o una manera que los escritores modernistas tenían para posicionarse en el campo literario. Independientemente de que las rupturas y las críticas a la generación o al grupo precedente funcionan como un dispositivo de posicionamiento de los escritores en busca de consagración, es igualmente importante apuntar que los modernistas mexicanos habían experimentado procesos de socialización y de formación literaria muy distinta a los miembros de la Academia de Letrán. Los modernistas viajaron invariablemente por Europa a la búsqueda de las vanguardias, y muchos de ellos fueron diplomáticos y embajadores culturales de México en otros países. Estaban ligados al poder político mexicano, sin duda, pero de una manera mucho más exquisita, como mediadores de un régimen que quería mostrar al mundo que la producción cultural mexicana era capaz no tan sólo de comprender la cultura europea, sino de asimilarla y otorgarle un sello particular.

«La paz porfiriana» permitía a los modernistas olvidar los conflictos y consagrarse a una escritura dirigida a los escritores, a quienes compartían una serie de códigos restringidos que investían con mayor prestigio simbólico a sus productores y receptores que podían comprenderlos. Los modernistas, como los dandis europeos y como el propio Baudelaire, buscaban distanciarse del utilitarismo burgués y de una escritura que en aquellos momentos ya se identificaba en Europa como una literatura popular, la cual emergió con el avance del capitalismo, la edición de las novelas por entregas (algunas de las cuales se convertirán, por cierto, en obras consagradas de la literatura) y el aumento en el número de periódicos. Sin embargo, si en Europa ya se podía hablar de una literatura para el pueblo o para el burgués común y corriente ávido de efectismos literarios banales, habría que reconocer que este hecho se vio acompañado de un aumento considerable en los índices de alfabetización. El binomio literatura popular/literatura de élite o entre literatura legítima y literatura menor, sólo puede construirse como representación social y principio de diferenciación del campo literario, allí donde empieza a darse una masificación de la producción y el consumo de estos bienes simbólicos. En el caso mexicano, la ruptura de los modernistas con la literatura nacionalista, su proclama de un arte para los artistas, y su desdén para los escritores que centraban sus colaboraciones en los periódicos de la época, no tenían mucho sentido como

---

de la que muere en La Habana el día 25 julio 1842.» Jiménez Rueda, Julio, *Letras Mexicanas en el Siglo XIX*, México: F.C.E., 1989, p. 96.

---



principio de diferenciación entre la literatura popular y literatura legítima. En un país donde el hecho mismo de leer era el privilegio de una élite, los modernistas recurren a marcas de distinción que funcionan entre pares, pero que no encuentran su contraparte en un público consumidor más amplio. Por la misma razón, los modernistas tenían razón cuando criticaban a Altamirano o a Ignacio Ramírez por pregonar que ellos escribían para un pueblo el cual en realidad no tenía acceso sus obras: el imaginario de los miembros de la Academia de Letrán era el de practicar una escritura popular<sup>16</sup> y el de contribuir a la construcción de una nacionalidad al tiempo que defendían y exaltaban a los indígenas. El problema es que ni Altamirano ni Ignacio Ramírez, por citar dos escritores emblemáticos, realmente intentaron acercarse a la cultura popular, ellos también buscaban recuperar el indígena, pero con los lentes de la civilización europea. En el mejor de los casos, el indígena representaba al *buen salvaje* que era necesario civilizar. Si quisiéramos utilizar categorías sociológicas contemporáneas diríamos que el grupo de la Academia de Letrán practicaba el *populismo cultural*, mientras que los modernistas se distinguieron principalmente por la práctica de un *legitimismo cultural* sin concesiones.

Lo cierto es que bajo el régimen de Porfirio Díaz el modernismo sería la expresión de una concepción del arte que se consolidó durante el siglo XIX en Europa: si como construcción social el arte se codificó históricamente como una producción simbólica ligada a la creación individual,<sup>17</sup> a la unicidad, al predominio de la forma sobre el contenido, a la originalidad y al alejamiento de las necesidades materiales; los modernistas intentaron como pocos recuperar esta serie de matrices en su producción artística y proclamaron la autonomía de la actividad literaria respecto a las condicionantes políticas o a las preocupaciones periodísticas ligadas al acontecer cotidiano. Sin embargo, esa pretensión de autonomía de la producción literaria se daba en un país donde la profesión de escritor estaba lejos de ser autónoma, donde no había un mercado literario importante, ni mediadores culturales (editores promotores, críticos, etc.) consolidados. En este

---

<sup>16</sup> Refiriéndose a la obra de Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador), Ignacio Manuel Altamirano defiende el tipo de escritura que se utiliza en el Periquillo Sarniento en la medida que la novela reflejaría el habla popular y, al mismo tiempo, este tipo de escritura es accesible para el gran público: «si algo puede tacharse a El Pensador, es su estilo, que sea intencionalmente o por qué no pudo usar otro, es vulgar, lleno de alocuciones bajas y alusiones no siempre escogidas. Pero ciertamente, si hubiese usado otro, ni el pueblo le había comprendido tan bien, ni habría podido retratar fielmente las escenas de la vida mexicana». Altamirano, Ignacio Manuel, *op. cit.*, p. 58.

<sup>17</sup> Aunque con el capitalismo se consolida, durante el siglo XIX, la supeditación del campo artístico al régimen de singularidad, creatividad y autonomía que lo caracterizará hasta nuestros días, algunas tendencias se observan ya en el renacimiento. A este respecto, el trabajo clásico de Arnold Hauser ilustra cómo, durante el renacimiento, opera la transición entre la idea que predominaba en la Edad Media del trabajo de los pintores como un trabajo colectivo y bajo pedido, hacia la imagen de la actividad del pintor como producto de la genialidad individual. En la Edad Media existía un espíritu de gremio; la espontaneidad y la originalidad eran poco valoradas; los alumnos imitaban a los maestros e incluso el plagio era considerado permisible. Con el renacimiento, la competencia aumenta en el campo artístico, la figura del pintor, como un agente para expresar un mensaje divino, comienza a desvanecerse y aparece la idea de creatividad y del arte que significa en sí mismo y no por representar un interés ajeno. Hauser, Arnold, «The social status of renaissance artist», (1951), in Tanner, Jeremy (Ed.), *The Sociology of art. A reader*, New York: Routledge, 2003, p.113-121.

contexto, la dependencia del Estado o de un mecenas particular era imprescindible.<sup>18</sup> En el mejor de los casos, los propios escritores a partir de su herencia familiar, su actividad diplomática o de sus ganancias como empresarios podían financiar la publicación de sus poemas y ensayos.

Es entre estos dos grupos, el de la Academia de Letrán y los modernistas, que habría que ubicar al Ateneo de la Juventud, pues precisamente una de las particularidades de este grupo, y en parte la clave de su trascendencia como colectivo, es que algunos de sus miembros tenían características que los identificaban más con el modernismo mientras que otros podían identificarse más con el perfil que predominó entre los miembros de la Academia de San Juan de Letrán. El Ateneo era la cuna de actores de gran talla literaria como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, pero también contó entre sus filas con un pensador como Antonio Caso quien dominaba la rigurosidad que el estudio de los sistemas filosóficos exige. Este tipo de actores decidieron, por razones que se explicarán más adelante, alejarse de la participación política y prefirieron concentrarse en su obra literaria o filosófica, enfocando sus actividades en los espacios académicos. En su estilo de vida, estos pensadores se identificaban más con el orden porfiriano y con las condiciones de estabilidad que tuvieron los modernistas para desarrollar su obra. Es el caso de Alfonso Reyes o de Pedro Henríquez Ureña quienes lograron alejarse de la convulsión revolucionaria. Recordemos que el propio Henríquez Ureña envidiaba con nostalgia el pasado porfiriano que permitía a los escritores dedicarse con tranquilidad a su labor principal, y Antonio Caso fue un declarado anti positivista, pero no necesariamente anti -reeleccionista.

Es cierto que en el Ateneo se va criticar al modernismo por su falta de vinculación con las cuestiones políticas y sociales, pero también es importante subrayar que hay muchos elementos que los miembros del Ateneo recuperaron del modernismo como el gusto por la estética de la antigua Grecia, la lectura de los Diálogos de Platón y, sobre todo, la idea del arte como salvación

---

<sup>18</sup> Quizá el aporte más importante del texto «El bar. La vida literaria de México en 1900», del poeta guanajuatense Rubén M. Campos, es mostrar, además de la vida cotidiana de los jóvenes aristócratas e ilustrados en la ciudad de México, cómo los modernistas mantenían su cohesión como grupo no tan sólo por compartir intereses literarios, sino también por tener un gusto común por la vida bohemia, las bebidas importadas y algunos famosos bares. Por otro lado, Campos considera benéfico la llegada de Justo Sierra al Ministerio de Instrucción Pública, ante el desamparo en que se encontraban los escritores por parte de las editoriales: «Hemos dicho que los poetas y los escritores estaban de plácemes con el advenimiento de don Justo Sierra al ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, porque no había intelectual que pidiera una ayuda en cualquier forma, que no le fuese concedida; y así todos los jóvenes que surgían en las letras consagrados por su talento indiscutible, eran ayudados en la forma que deseaban, y algunos de ellos ingresaron al personal de la Secretaría y de sus dependencias en las direcciones y subdirecciones del ministerio, que había ido ensanchándose poco a poco para atender las necesidades cada día crecientes de la educación popular. Muchos libros de la nueva producción literaria fueron escritos entonces, pues cada escritor favorecido creía en el deber de corresponder con su producción a la ayuda recibida. Sus esfuerzos personales, sin embargo, estrellábanse ante la sordidez de los editores que jamás habían querido editar libros de autores mexicanos; y los contadísimos escritores que lograban que un editor les publicara un libro tenían que conformarse con recibir 20 ejemplares por la cesión total de su obra al editor, quien anunciaba en el libro tener la exclusiva propiedad literaria» Campos, Rubén M., *El bar. La vida literaria de México en 1900*, Mexico: Unam, 1996, p. 104- 105.

y redención. La crítica al pragmatismo y al materialismo norteamericano, que posteriormente Vasconcelos desarrollará en diferentes ensayos y propuestas de política cultural, se encuentra ya en la *Oda a Roosevelt* de Rubén Darío o en la narrativa contrahegemónica de Enrique Rodó, quien a su vez influyó en sus contemporáneos modernistas. Anotemos, en ese sentido, que Vasconcelos, tanto en sus reflexiones filosóficas como miembro del Ateneo de la Juventud, como en los principios que posteriormente guiaron su política cultural, no ve una contradicción entre el arte y el conocimiento porque finalmente la actividad del artista logra intuir conexiones y asociaciones en la realidad invisibles para el profano.<sup>19</sup> Esta tesis la encontraremos ya en los modernistas, influidos por el simbolismo y por Baudelaire quien, en el terreno poético, sostiene una correspondencia secreta entre las cosas y las palabras, una armonía invisible que le toca al artista intuir. El poeta es un revelador de códigos y de evocaciones secretas que están allí para ser descifradas. No es que el lenguaje del poeta simplemente diga de manera bella, por medio de la sonoridad y la rima, algo que ya todos sabían; el poeta abre mundos a través de la metáfora y puede develar el cosmos elevándose sobre las sensibilidades aletargadas y el reduccionismo materialista. Esta concepción de la poesía y de la escritura, que los modernistas recuperan de Baudelaire, tiene como consecuencia natural una crítica al positivismo el cual, en nombre de la ciencia, relega la sensibilidad estética menospreciando la importancia del arte como un estilo de vida y como una forma de conocimiento más allá del mecanicismo materialista y del utilitarismo predominantes en la segunda mitad del siglo XIX<sup>20</sup>.

Por su parte Antonio Caso, siendo un filósofo humanista, se acercó a la práctica del escritor modernista mexicano, pues sus preocupaciones se movían en un nivel de abstracción que lo distanciaban de la reflexión política concreta. Hernández Prado plantea cómo este pensador desdeñaba el liberalismo político de su época, pero defendía una concepción filosófica de la libertad que se plasmaba en su forma de concebir el espíritu de la Universidad<sup>21</sup>. Si Vasconcelos consideraba el arte como forma de conocimiento, Antonio Caso, en sus *Problemas Filosóficos*, no veía contradicción entre ciencia y metafísica, o mejor dicho, veía en la ciencia un pequeño

<sup>19</sup> Vasconcelos, siguiendo a Poincaré, está de acuerdo en que las «analogías profundas» entre las cosas, aquellas que permiten realizar generalizaciones a partir de los datos singulares que nos ofrece la experiencia, las proporciona el «espíritu matemático», sin embargo, para poder concebir estas analogías y descubrir las relaciones y las similitudes «escondidas» entre los objetos, es necesario que «el matemático trabaje como artista» sin preocuparse por las exigencias del saber instrumental. Al utilitarismo y el positivismo científico que reduce la realidad a leyes y técnicas, nuestro autor opone la intuición y la contemplación entendida como alejamiento de las preocupaciones utilitaristas. Vasconcelos, José, «Don Gabino Barreda y las Ideas Contemporáneas», en Conferencias del Ateneo de la Juventud. Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, México: Unam, 1984, p.97-113.

<sup>20</sup> El mismo Vasconcelos insistirá en sus escritos posteriores a la conferencia sobre Barreda: «Todo cuanto existe posee un ritmo confuso que parece guardar el toque libertador de la humana contemplación. En el instante que miramos la cosa, sin ánimo utilitario y sólo por el gusto de verla, enseguida sentiremos que nace también de la cosa un eco del anhelo que nos lleva a nosotros mismos, por el camino gozoso de la participación en la divina alegría.» Vasconcelos, José, *Ulises Criollo*, México: F.C.E., 2000, p. 316.

<sup>21</sup> Hernández Prado, José, «El liberalismo de Antonio Caso», en *Sociológica*, México: UAM, mayo-agosto de 2000, año 15, Nº 43, p.155-171.

paso del conocimiento que logra abstraer ciertas regularidades, pero es incapaz de elevarse a una metafísica que permita captar la riqueza del mundo en su totalidad. Posteriormente, la obra sociológica de Antonio Caso encontró en los pensadores alemanes una fuente de primera importancia para continuar su crítica al positivismo.

Es necesario recordar que las corrientes de pensamiento que le sirven a Caso como referencia para su reflexión sociológica se desarrollan principalmente en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, y que este país experimentó una entrada contradictoria a la modernidad la cual permite explicar cómo se genera y se fortalece aquí una propuesta de conocimiento alternativa al positivismo y al racionalismo universalista, que será retomada por Caso. La Alemania del siglo XIX llega tarde a su unificación como Estado-nación moderno pues su burguesía prefiere pactar con los terratenientes (los junkers prusianos) y la aristocracia del antiguo régimen, en lugar de dirigir un movimiento radical que impulsara una ideología moderna de acuerdo a sus intereses. En términos políticos e ideológicos la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX no se incorpora de la misma manera a la modernidad que Francia o Inglaterra y, sin embargo, los movimientos de reacción y crítica a la modernidad encuentran allí una de sus cunas fundamentales: la oposición entre cultura (ligada a la tierra, a la tradición, a lo particular) y civilización (ligada a lo universal y a la razón) fue durante mucho tiempo la oposición entre Alemania y Francia. Esta oposición, en términos de organización política, se expresará como la diferencia entre el universalismo-centralismo de la República Francesa y la autonomía regional de los *länder* alemanes. El *historicismo*, que reivindica como forma de conocimiento posible lo particular frente a las llamadas *ciencias nomotéticas*, centradas en establecer conocimientos generales, encuentra también una de sus principales cunas en la Alemania del siglo XIX. La hermenéutica, que rescata la interpretación más que el objetivismo positivista, la encontramos en la filosofía de Dilthey y en las propuestas weberianas para comprender el sentido de la acción social. Finalmente, muchas de las filosofías que G. Lukács acusa de encabezar el «Asalto a la Razón» (Heidegger, Nietzsche) y que posteriormente serán la base del «pensamiento débil», las teorías posmodernas y las reflexiones postmetafísicas, encuentran también su origen en un país que entra en la modernidad de manera contradictoria y sin la hegemonía ideológica de una clase burguesa –para recuperar una expresión de A. Gramsci al referirse a la burguesía italiana– la cual también llega al poder en la segunda mitad del siglo XIX, después de un pacto con las fuerzas del antiguo régimen, sin imponer verdaderamente su ideología. Es de esta Alemania del siglo XIX que Caso recupera las críticas de W. Dilthey<sup>22</sup> al positivismo sociológico para plantear la

---

<sup>22</sup> «A Antonio Caso le llamó mucho la atención que Dilthey tratara sus peculiares ‘ciencias’ del espíritu como un ámbito cognoscitivo que bajo ninguna circunstancia podía ‘reducirse al imperio de las ciencias naturales’. Así como el ‘científico’ debería explicar la naturaleza formulando leyes cada vez más generales y limitadas en número, ‘el estudioso de las ciencias del espíritu’ debía comprender ‘los episodios de la cultura’ y las instituciones sociales; debía comprender el ‘amplio desarrollo del anchuroso mundo que, con la presencia y acción del hombre, se agrega a la naturaleza’. Aquello que Dilthey proponía con su comprensión del mundo del espíritu humano, a juicio de Caso, no era otra cosa que una intuición de las entidades de ‘la realidad histórico social’, para conocerlas de un modo



necesidad de construir una sociología que no sea la calca del modelo de las ciencias naturales y que retome el carácter específico de las sociedades a partir de su historia, sus valores y su cultura. Pensadores como Rickert y Dilthey («Las ciencias del espíritu») estarán presentes en sus análisis sociales y al mismo tiempo le permitirán justificar por qué el modelo de metodología científica unificada y unitaria que se impuso en el siglo XIX no era pertinente para explicar los procesos histórico-sociales, donde la subjetividad y el nivel interpretativo juegan un papel importante.

A diferencia de Caso encontraremos a miembros del Ateneo como Martín Luis Guzmán, Alfonso Cravioto, Luis Cabrera<sup>23</sup> o Alberto Pani, quienes fueron simpatizantes del liberalismo, tuvieron una participación política muy activa, y se integraron como funcionarios o consejeros de diferentes líderes revolucionarios. En otras palabras, nos encontramos con el modelo del escritor político, que recuerda a los miembros de la Academia de Letrán y que intenta, por lo menos discursivamente, estar cerca de las preocupaciones sociales, y el intelectual universal y cosmopolita, sin participación activa ni en el movimiento anti-reeleccionista ni en el proceso revolucionario, que recuerda a los modernistas. Este doble frente del Ateneo explica la capacidad del grupo, a pesar de sus diferencias internas, para unir el prestigio que otorgaba la actividad intelectual, concebida como forma pura y autosuficiente, con las estrategias que el posicionamiento político requiere. Probablemente, el personaje que conjuntó de manera más acabada estas dos características fue precisamente José Vasconcelos, quien con una formación filosófica y una prosa ágil<sup>24</sup> -aunque el joven Vasconcelos, según se asienta en el *Ulises Criollo*,

---

emotivo y político, además de racional». Hernández Prado, José. «El replanteamiento de la Sociología Profunda de Antonio Caso», en *Sociológica*, México: UAM, enero-abril de 1994, n° 24, p. 33-50.

<sup>23</sup> Si se ubica en el mismo plano a los ateneístas A. Caso y a L. Cabrera, las diferencias son abismales, mientras en Caso hay casi un desdén por la política concreta, en L. Cabrera su realismo político lo lleva a elaborar tesis que se aproximan a la fraseología leninista, es decir a la fraseología de un líder que, como pocos, entendió la política como una actividad que está lejos de cualquier idealización. Cuando Cabrera sostiene, defendiéndose de las críticas de Vera Estañol, que «las revoluciones son (las) revoluciones», demuestra un sentido de la política que no le envidia nada a los textos más encendidos de Lenin contra los «apóstatas» y los «reformistas»: «Las revoluciones son revoluciones, es decir, estados patológicos y críticos de las sociedades y construyen situaciones anormales. Las revoluciones implican necesariamente el desconocimiento general y absoluto de todas las autoridades, de todos los principios de autoridad y de todas las leyes políticas de un país; son la negación de las formas constitucionales y no están sujetas a más reglas que las que impone la necesidad militar o el plan revolucionario (...). Las revoluciones necesitan del nepotismo, que es casi el único medio de asegurar el principio de autoridad del jefe revolucionario; exigen el militarismo para tener fuerza; requieren de una gran dosis de arbitrariedad para hacer posible el dominio de los jefes de la revolución sobre los elementos desencadenados (...) arrastran consigo grandes peligros de insubordinación, y la anarquía puede ser uno de los resultados inevitables puesto que es la que les ha dado el nombre de «revoluciones». Cabrera, Luis, *Obras Completas. Vol. III Obra Política*, México: Oasis, 1975, p. 274.

<sup>24</sup> Prosa ágil, pero a veces delirante y desordenada. En este sentido, Alfonso Reyes, desde España, le hacía ciertas observaciones fraternales a Vasconcelos: «Procura ser más claro en la definición de tus ideas filosóficas: a veces sólo hablas a medias; no te dejes arrastrar por el curso de tus pensamientos; pon orden sucesivo a tus ideas; no las incrustes una tras otra (...) uno es el orden vital de las ideas, el orden en que ellas se engendran en cada mente, y otro es el orden interno de las ideas: el que debe usarse, como un lenguaje universal o común denominador, cuando lo que queremos es comunicarnos a los demás.» Reyes, Alfonso, «Carta XXIV», en *La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959*, México: El Colegio Nacional, 1995, p.69.

---

desconfiaba de su manera de escribir- logró conjuntar el quehacer político con su prestigio como pensador. Álvaro Matute dice que no queda claro si Vasconcelos fue presidente del Ateneo gracias a su oportunismo político o si los oportunistas fueron los demás miembros del Ateneo que sabían de su cercanía con el presidente Francisco I. Madero. De la misma forma Fernando Curiel Defossé, cuando escribe sobre Vasconcelos como el «forzado relevo ateneísta», resalta la rapidez con que este pensador llega a la presidencia del Ateneo a pesar de incorporarse tarde y de no haber participado en las instancias pre-fundacionales del grupo como La revista Savia Moderna y La Sociedad de Conferencias<sup>25</sup>. Independientemente de si el oportunismo lo practicó Vasconcelos o los demás miembros del grupo, el hecho muestra cómo el rápido ascenso de este personaje obedece a su capacidad para moverse en dos terrenos de manera simultánea y para pensar la filosofía desde la política (Antonio Caso, por el contrario, pensó la política como filósofo) como una instancia desde donde se podía materializar, pero también negociar las ideas, por muy voluntarista que esta posición pudiera parecer a sus críticos posteriores. Nacionalista y cosmopolita a la vez -como quedará probado con su forma de dirigir la política cultural y educativa-, Vasconcelos sabía en qué contexto resaltar las tradiciones mexicanas y ejercer una *movilización política de la identidad cultural*, sobre todo si sentía agredido por los norteamericanos, con quienes convivió en diferentes etapas de su vida<sup>26</sup>.

Quizá no sería exagerado afirmar que los sucesos históricos que harán trascender al Ateneo como grupo no se encuentran en su primera etapa cuando, en las postrimerías del porfiriato, era arrojado por Justo Sierra<sup>27</sup> y cuando pudo tener mayor cohesión, sino en la etapa maderista (época en la que se transforma en el Ateneo de México), cuando se funda La Universidad Popular; cuando Vasconcelos, en función de los diferentes cargos públicos que ocupa, llama a diferentes miembros del Ateneo para incorporarse en las frágiles instituciones del periodo revolucionario<sup>28</sup> y, sobre todo, cuando empieza a construirse la imagen del grupo como la

<sup>25</sup> Curiel Defossé, Fernando, «José Vasconcelos: forzado relevo ateneísta», en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 1998, n° 18, p. 63 –87.

<sup>26</sup> La siguiente cita puede parecer trivial, pero revela la posición ambivalente que Vasconcelos tenía hacia los Estados Unidos y cómo se refugia en las tradiciones mexicanas e hispánicas para contrarrestar el desdén anglosajón. Ante el comentario de un norteamericano, muy probablemente de origen anglosajón, que le reprocha su manera de montar a caballo («debiera usted aprender el estilo que en Europa usan los gentlemen»), Vasconcelos le responde con una sensibilidad que, en el momento de escribir el Ulises Criollo, le parece ya desproporcionada: «no dudo que así monten todos los gentlemen. Pero antes de que en Inglaterra hubiere gentlemen ya había en Castilla caballeros que montaban como montamos nosotros, al estilo charro.» Ante su propia respuesta Vasconcelos se justifica con el posible «lector modelo» del Ulises: «No era yo, y menos entonces un tradicionalista, pero ninguna arma es mejor que una noble tradición, cuando hace falta castigar la impertinencia de los extranjeros». Vasconcelos, *op. cit.*, p. 343)

<sup>27</sup> «Lo cierto es que Sierra vio nacer la nueva generación, la respaldó públicamente y quizá hasta bendijo sus rebeldías. Si algún Ateneo debía haber, éste debía ser para los jóvenes, a los que incitó, a través de Caso, para que dieran el paso siguiente en su desarrollo generacional.» Quintanilla, Susana, *Nosotros. La juventud del ateneo de México*, México: Tusquets, 2008, p. 218.

<sup>28</sup> A este respecto en su Ulises Criollo, Vasconcelos recuerda sin mucha modestia que «los amigos del Ateneo me nombraron su presidente para el primer año maderista. No por homenajes, sino en provecho de la institución.

expresión intelectual de la revolución mexicana. En todo caso, el antipositivismo y el liberalismo practicados por algunos miembros del Ateneo eran mucho más compatibles con la historia oficial y con la propia política cultural postrevolucionaria que los planteamientos de otros precursores intelectuales de la revolución como los anarquistas, por ejemplo. Si bien los factores que acabamos de mencionar contribuyen de manera general a explicar el posicionamiento de los miembros del Ateneo, es necesario ahora recuperar las instancias sociales particulares que permitieron su ascenso, evitando un reduccionismo que se concretaría a plantear que sólo por ser la mayoría de ellos hijos de familias acomodadas, tuvieron la posibilidad de acceder a las instancias de legitimación que funcionaban en aquella época.

### Las instancias de reconocimiento

A partir de las instancias o «círculos de reconocimiento» que plantea Alan Bowness<sup>29</sup> para estudiar sociológicamente cómo se consagran las obras en el terreno de las artes plásticas, podemos adaptar esta propuesta para estudiar los recorridos y tipo de sanciones por los que atraviesan los escritores y su obra literaria para legitimarse. Así, mencionaremos cuatro instancias de reconocimiento básico para la legitimación de un escritor: a) Los pares b) El Estado y sus instituciones c) Los especialistas y los críticos d) El gran público.

Estas cuatro instancias de reconocimiento no siempre son compatibles entre sí. Así, por ejemplo, un escritor puede ser reconocido por una institución pública, sin que los pares acepten el reconocimiento o lo consideren producto de las influencias o el oficialismo del autor. No siempre las formas de legitimación que proporciona el Estado (puestos honoríficos, premios, otorgamiento de títulos, becas, etc.) son reconocidas por los colegas del escritor. En otras ocasiones, el autor que logra acceder al «gran público» es criticado por los «especialistas» porque consideran que demeritó la calidad de su obra con fines comerciales. En muchas ocasiones los códigos de reconocimiento que le funcionan al escritor entre sus colegas, no son los buscados por el mercado y las editoriales. Un escritor puede ser reconocido por el gran público y solo posteriormente ser aceptado por los *gatekeepers*<sup>30</sup> del arte legítimo, como ocurrió con muchas

---

Además, podría asegurarle cierta atención del nuevo gobierno. Y no volví a llevar trabajos a las sesiones, sino que incorporé a casi todos los miembros del Ateneo al nuevo régimen político-nacional». Vasconcelos, *op. cit.*, p. 462)

<sup>29</sup> Bowness, Alan, *The Conditions of Success: How the Modern Artist Rises to Fame*, New York: Thames and Hudson, 1989.

<sup>30</sup> Retomamos el concepto de gatekeepers de los productos artísticos tal como es planteado por Victoria D. Alexander (aunque muchos otros sociólogos del arte han dado su versión del concepto), quien recupera los trabajos de Paul Hirsch en sociología organizacional para reflexionarlos en el mundo artístico. Sin embargo, mientras la noción de gatekeepers se centra en las editoriales y los responsables de seleccionar un libro para su publicación, pensamos que este mismo proceso se produce cuando los críticos literarios seleccionan, sin decirlo explícitamente, las obras que merecen ser consagradas. «A key idea is that only some of the supply reaches the public; specifically which ones depends on how the system filters objects. In the book-distributing system, authors write manuscripts and submit them to publishers. The pool of unpublished manuscripts, all of them taken together, is large and varied.

---

novelas populares del siglo XIX en Europa. Otras veces estas instancias se complementan y contribuyen en cascada al «éxito del escritor»: son los propios pares los que recomiendan a un autor para ser publicado o apoyado por una institución pública, los que lo invitan a colaborar en su revista y prologan su obra como forma de rito iniciático. En otras ocasiones, el éxito de mercado no riñe con el juicio de los especialistas y los colegas, como el caso actual de Umberto Eco o Mario Vargas Llosa. Las combinatorias son varias y la forma en que se concretizan como sucesión temporal dependen de la especificidad de un campo literario particular y de la relación de fuerzas y de amistad (o enemistad) entre los consagrados y los profanos. Lo que aquí es importante preguntarse es cómo se legitiman los escritores del Ateneo y cuáles fueron sus instancias de reconocimiento.

Podemos aventurar que en la época porfiriana fueron la aceptación entre pares y el apoyo de las instituciones públicas las que contribuyeron principalmente al éxito de los escritores, pues el gran público no existía y el papel de los críticos era reducido como mediadores entre el público y los escritores. Al mismo tiempo, el mercado y sus instancias privadas de selección no tenían importancia, pues pocos se aventuraban a invertir en este tipo de obras como producto rentable, aunque pudieran hacerlo como mecenas. Por otra parte, eran las instituciones académicas (La Escuela Normal de Jurisprudencia, La Escuela Nacional Preparatoria, La Universidad), las que contribuían al acercamiento o a la coincidencia entre el espacio físico de los escritores y su espacio social. Si en aquella época estar en las escuelas superiores era el privilegio de una élite masculina, los escritores, que ya poseían un capital cultural acumulado (lecturas, títulos de escuelas superiores, viajes por Europa), podían reconocerse en sus intereses y preocupaciones intelectuales al tiempo que, los que se iniciaban, buscaban reproducir o superar las enseñanzas de sus maestros a través de conferencias y cenáculos que eran las formas principales de circulación y exhibición del capital cultural. Recordemos que la producción escrita iba generalmente acompañada de conferencias y actos de oratoria los cuales eran muy valorados en aquella época, donde al rigor intelectual se añadía la formación de *comunidades emocionales* que se inflamaban con el goce de escuchar la palabra de los maestros, según prueban innumerables y vividas narraciones de quienes se reunían a escuchar las conferencias de Antonio Caso o a disfrutar del ritmo y la sonoridad que producía la lectura de poemas en interminables veladas literarias. Además, el apoyo que Porfirio Díaz dio a los miembros del Ateneo, a través de su ministro de Instrucción Pública, era evidente e influyó en el despegue del grupo, como lo muestra el hecho de que varios de sus miembros fueran invitados como conferencistas en las celebraciones del primer centenario de la independencia, un acto de importancia política nacional y con proyección

---

Publishers accept only a proportion of these manuscripts, weeding out manuscripts that they think will not sell. This mean that the pool of manuscripts selected for publication will be smaller than the pool of unpublished ones. It will also be somewhat more uniform, as publishers reject weak and eccentric manuscripts and choose, more often than not, manuscripts that match their tastes and their ideas of what a strong seller will be». Victoria, Alexander D., *Sociology of arts: exploring fine and popular forms*, Oxford: Blackwell Publishers, 2003, p. 76.

---



diplomática internacional. Después de la salida de Díaz, y a pesar de la inestabilidad política y social, los ateneístas encontraron en las instituciones educativas un punto de reencuentro importante que les permitió continuar con sus actividades intelectuales y de participación política, para quienes estaban interesados en ella. Al mismo tiempo, fue en las instituciones educativas, y particularmente en la Universidad, donde los ateneístas encontraron el principal espacio para asestar duros golpes al positivismo, aunque esta misión no estuvo exenta de tropiezos. Como los modernistas, algunos ateneístas como Genaro Fernández Mac Gregor o Isidro Favela, ejercerían posteriormente labores diplomáticas y estarían vinculados a cargos públicos relacionados con la cultura y la educación.

Los ateneístas contribuyeron a la institucionalización de las disciplinas sociales y humanísticas al tiempo que supieron aprovechar y aprovecharse de las frágiles instituciones revolucionarias. Recordemos que a principios del siglo XX, la débil institucionalización de las Ciencias Sociales y de las Humanidades provocaba que muchos interesados cultivaran estas disciplinas de manera intuitiva a partir de la autoformación. En 1896, Ezequiel A. Chávez introdujo una reforma al plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria<sup>31</sup> para que se impartieran conferencias magistrales sobre Sociología que estuvieron a cargo del médico militar Alberto Escobar. En 1907, Justo Sierra estableció una cátedra de Sociología en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, impartida por el historiador Carlos Pereyra. En 1909 esta cátedra es retomada por el filósofo Antonio Caso quien busca desprender a la Sociología de su enfoque organicista y positivista que tenía anteriormente.<sup>32</sup> Con la refundación de la Universidad por Justo Sierra en 1910, y con la creación de una Escuela de Altos Estudios, siguiendo el ejemplo europeo, se buscaba formar a maestros especialistas en las diversas áreas de conocimiento, incluidas una sección de Ciencias Sociales y otra de Humanidades, con el objetivo de que no «fuera la cátedra la que formara al especialista, sino que el especialista formara la cátedra».<sup>33</sup> En el caso de las Humanidades y de

<sup>31</sup> Debemos decir, con respecto a la Preparatoria Nacional, que Alfonso Reyes no tenía mucha confianza en ella como institución que respaldara las disciplinas humanísticas y veía con cierta nostalgia los orígenes de la institución fundada por Barreda: «Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural y cuanto Rickert llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades. No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaba en aquella época.» Reyes, Alfonso, «Pasado inmediato», en *Obras completas*, primera edición 1960, Segunda reimpresión 1997, México: F.C.E., Vol. 12, p. 189.

<sup>32</sup> Hernández, Prado, José, «Los conceptos de Realidad Social y Sociología en Antonio Caso», en *Sociológica*, México: UAM, septiembre-diciembre de 1990, n° 14, p. 109-110.

<sup>33</sup> Así, en 1908 un informe de la Comisión encargada de estructurar las líneas directrices de La Escuela de Altos Estudios sostenía que «[...] la especialización previa del profesor es de verdadera importancia y ésta sólo podría lograrse en una Escuela de Altos Estudios... es fácil asegurar que los mejores profesores se reclutarían en un centro de alta cultura [...] hay, por último, una función superior a la de enseñar y es la de investigar. Hasta ahora cualquier estudio profundo que en México se emprenda es debido a los enormes esfuerzos individuales de algunos abnegados [...] La profesión de sabio no es productiva [...] la investigación científica mendicante que oscila entre lo sublime y lo ridículo ya no es posible en nuestra época.» Citado por Ruiz Gaytán, Beatriz, en «Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios», en *Historia Mexicana* 64, Colegio de México, abril-junio de 1967, vol. XVI, n° 4, p. 551.

las Ciencias Sociales, efectivamente era común que médicos, abogados y geógrafos se formaran sobre la marcha como catedráticos de ética, filosofía y antropología. Incluso, después de fundada la Escuela de Altos Estudios en 1910, la improvisación, la reproducción de los antiguos planes positivistas y la falta de especialistas era una constante en estas secciones, que se buscaba compensar con la invitación de figuras internacionales como James M. Baldwin, profesor de Oxford, para dar clases de Sociología, y Franz Boas para impartir Antropología<sup>34</sup>. A la sección de Ciencias Sociales se le asignó la Inspección de Monumentos Arqueológicos y el Museo Nacional, el cual durante mucho tiempo estuvo dominado por ingenieros, médicos y geógrafos quienes, en su mayor parte, tenían una visión naturalista, ligada a la antropología física,<sup>35</sup> o se concentraban en un enfoque arqueológico de las culturas prehispánicas, dejando de lado los análisis propiamente culturales y sociales de las poblaciones indígenas que en ese momento habitaban el territorio. Antes de la creación de la escuela de Altos Estudios y de la reapertura de la Universidad en 1910, la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela Nacional de Jurisprudencia fueron los principales reductos para quienes tenían inquietudes humanísticas al tiempo que servían como espacios de socialización, relacionando a jóvenes con preocupaciones intelectuales parecidas y haciendo de la relación maestro-alumno un importante mecanismo de acceso que permitía a los escritores incipientes colocarse en los espacios de legitimación que proporcionaba la infraestructura de las escuelas superiores. Antonio Caso, José Vasconcelos, Julio Torri, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán y Luis Cabrera, entre otros ateneístas, estudiaron Jurisprudencia al tiempo que, de manera autodidacta, continuaron su formación en Literatura, Ética, Filosofía y Sociología. El mismo Alfonso Reyes, en *Pasado Inmediato*, reconocía que fundamentalmente los miembros del Ateneo se educaron de manera autodidacta en las cuestiones humanísticas y sociales, pero al mismo tiempo, ya formados como intelectuales, intentaron darle mayor rigor y profesionalismo a estas disciplinas<sup>36</sup>.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 563.

<sup>35</sup> Nicolás León quien trabajó en la Sección de Antropología Física del Museo Nacional entre 1900 y 1929, y fue un investigador clave de esta disciplina, llegó, sin embargo, a manifestar ideas que, en su misma época, generaron controversia: «basándose en la teoría de Blainville sobre la correlación estrecha entre pelos, dientes y uñas, nuestro autor hace notar la similitud que se observa entre los perros mexicanos nativos, sin pelo y con anomalías dentarias, y los indígenas no mezclados, con escasa o nula pilosidad corporal y las supuestas anomalías dentarias que presentan en caninos y terceros molares.

La base misma de la comparación establecida para formular tal aseveración resultaba inaceptable. Ya en 1899, en un trabajo del doctor Jesús Sánchez, se aclara que en la supuesta sustitución del canino no debe verse más que el efecto del desgaste en esa pieza, debido al régimen alimenticio». Serrano Sánchez, Carlos y Rodríguez, Eugenia Martha, «El pensamiento y obra pionera de Nicolás León en la Antropología Física mexicana», en *Anales de Antropología. Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas*, México: Unam, 1993, vol. 30, n° 1, p. 40-41.

<sup>36</sup> «El Ateneo introdujo en México nuevas prácticas para la producción y la difusión de las humanidades, principalmente de la literatura, la filosofía y la filología. La ‘inspiración’, ya fuera ésta obtenida por medio de la contemplación esteticista o de la actividad delirante, fue sustituida por el rigor académico, en el que Henríquez Ureña se sentía un experto.» Quintanilla Susana, *Nosotros. La juventud del ateneo de México*, op. cit.

Es en este contexto que debemos entender el rol que jugó la refundación de la Universidad como instancia que permitió ubicar a muchos ateneístas como maestros y como funcionarios de esta nueva institución. De entrada podría pensarse que, después de la caída de Díaz, las diferentes fracciones político-militares, que se fueron sucediendo a lo largo del período revolucionario, iban simultáneamente cambiando a los responsables de Instrucción Pública y de la Rectoría de la Universidad. A su vez, estos actores introducirían en los establecimientos académicos a los pensadores simpatizantes de la fracción momentáneamente en el poder (Madero, Huerta, Carranza, Convención de Aguascalientes, etc.). Lo anterior es solo parcialmente cierto porque el cambio de fracciones de poder no significó, de manera automática, cambios entre los miembros que formaban parte del organigrama universitario. Ello debido a dos causas posibles: la primera es que existían intelectuales que aunque porfiristas, maderistas o carrancistas, no eran lo suficientemente radicales y podían ser tolerados por la fracción contraria en el poder; la segunda es que la Universidad mostraba cierta dinámica propia y las redes académicas que se formaron desde finales del porfiriato, de las cuales un excelente ejemplo era el Ateneo mismo, no eran la calca de las divisiones que se daban en el mundo político. Esto permitía cierto margen de maniobra, aunque en otros momentos el poder político sí se infiltró completamente en la Universidad y los cambios fueron más notorios como en el caso del periodo de Victoriano Huerta. A pesar de estos vaivenes, los cuales explicaremos rápidamente, podemos adelantar que la Universidad funcionó como una instancia que le permitió posicionarse a los ateneístas al darles un margen de autonomía para crear sus programas de trabajo, al tiempo que la informalidad de los cenáculos y lo ocasional de las conferencias se transformaron paulatinamente en disciplinas institucionalizadas.

En 1911, y en un contexto de extrema agitación política, Justo Sierra no puede garantizar la sucesión de la Secretaría de Instrucción Pública por Ezequiel Chávez y el puesto es ocupado por Jorge Vera Estañol y, posteriormente, por Francisco Vázquez Gómez. En este periodo, el ateneísta, y feroz crítico de los *científicos*, José Luis Cabrera comienza a impartir clases en la Escuela de Jurisprudencia. Estando Madero en el poder, Alfonso Pruneda entra como director de la Escuela de Altos Estudios y nombra como secretario al joven Alfonso Reyes, quien tratará de impulsar una perspectiva humanista de la cátedra universitaria e incorporará a varios ateneístas como profesores y para que colaboraran con él en la reestructuración de los antiguos planes de estudios. Al principio, cuando Madero ocupa la presidencia, no se producen cambios radicales en la Universidad (el rector porfirista Joaquín Eguía Lis permanece en su cargo), sin embargo, durante su breve periodo presidencial se producen varios conflictos con los estudiantes que lo llevan a realizar una serie de ajustes para incorporar mayor número de maderistas de cepa en el sector educativo. Dentro de estos movimientos destaca el nombramiento de Luis Cabrera como director de Jurisprudencia en lugar de Pedro de Lascuráin. Esto, considerado como un golpe a los *científicos*, provocó que maestros y estudiantes, pertenecientes a las antiguas élites y formados en la doctrina positivista, fundaran, como resultado de una escisión en la Escuela de Jurisprudencia,

la Escuela Libre de Derecho, con un firme sello positivista y en clara oposición política a Madero.<sup>37</sup> Con la llegada de Huerta al poder desapareció el activismo estudiantil que se dio con Madero, en parte porque los estudiantes apoyaban a Huerta y porque se exacerbaban sus sentimientos nacionalistas contra los Estados Unidos, pero también porque la mano dura de Huerta, quien incluso militarizó la educación,<sup>38</sup> no permitió este tipo de conflictos estudiantiles que los afanes conciliadores de Madero sí posibilitaron. Durante este periodo, Ezequiel Chávez, el anterior funcionario porfirista y colaborador de Justo Sierra, es nombrado rector de la Universidad en 1913 y Nemesio García Naranjo, un ateneísta que apoyó al régimen de Huerta, se posicionó en Instrucción Pública. A pesar de estos cambios importantes, la dinámica de cambio en la Universidad continuó con la introducción de materias humanísticas y un paulatino desplazamiento del positivismo. Con la llegada de Venustiano Carranza, Nemesio García Naranjo fue sustituido en Instrucción Pública por Félix Palavicini, una ateneísta crítico del huertismo e identificado con Madero; y Valentin Gama fue el nuevo rector de la Universidad en lugar de Ezequiel Chávez.<sup>39</sup> Ateneístas como Martín Luis Guzmán, Alfonso Cravioto y José Vasconcelos obtuvieron también en esta fase responsabilidades educativas. A pesar de estos cambios, la calidad de la enseñanza decaerá mucho durante la presidencia de Carranza, en buena parte por una debilidad presupuestal y en otra porque Carranza, quien desmanteló la Secretaría de Instrucción Pública, no tenía mucha simpatía por la Universidad. Con la Convención de Aguascalientes, José Vasconcelos ocupó Instrucción Pública y posicionó a reconocidos ateneístas y críticos del huertismo como Martín Luis Guzmán y JulioTorri, pero también incluyó a Ezequiel

<sup>37</sup> «En efecto, con el abierto concurso de los profesores, se diseñó un ambicioso objetivo: crear una escuela de leyes independiente del gobierno. Es incuestionable que los profesores de jurisprudencia, cuya mayoría estaba ligada a la política porfirista, ya como "científicos", ya como reyes, percibieron el riesgo de que llegaran a la institución los hombres y los principios revolucionarios. Sin embargo, la pronta y decisiva participación de varios distinguidos juristas ajenos a la escuela confirma que el conflicto trascendió los límites institucionales, convirtiéndolo en una lucha de los mejores abogados contra el primer intento de los revolucionarios por imponer una nueva política universitaria [...] Con todo, no puede decirse que la lucha por la creación de la Escuela Libre de Derecho haya sido una cruzada revanchista de los «científicos». También participaron destacados juristas católicos, liberales y reyes. El rápido e innegable éxito de la nueva institución confirma el peso de los intereses políticos involucrados.» En Garcíadiego, Javier, «De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana», en *Historia mexicana*, abril-junio de 1997, vol. XLVI, n° 4, p. 790-791.

<sup>38</sup> Durante la presidencia de Victoriano Huerta «Nemesio García Naranjo refiere que, en su calidad de Secretario de Instrucción Pública, la Secretaría de Guerra y Marina le otorgó el grado de general de Brigada y a sus subordinados, grados militares acordes a su jerarquía burocrática. Por ejemplo, sus subsecretarios resultaron ser generales brigadieres y los jefes de sección, coroneles. A su juicio, la medida resultaba desafortunada sobre todo en la Secretaría de Instrucción Pública, en donde había hombres de gran relevancia. García Naranjo se preguntaba, ¿cómo ordenarle a Ezequiel A. Chávez, que en su calidad de rector de la Universidad Nacional se debía colocar sobre sus hombros las charreteras del generalato? [...]

Para el historiador Michael C. Meyer, hacia fines del verano de 1913, el sistema educativo mexicano sintió de lleno el impacto de la militarización, pues los reglamentos de las escuelas se modificaron contemplando el uso obligatorio de uniformes y la instrucción en las artes y las ciencias militares». Ramírez Rancaño, Mario, «La república castrense de Victoriano Huerta», en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México: Unam / Instituto de Investigaciones Históricas, julio diciembre de 2005, vol. 30, p. 206-207.

<sup>39</sup> García, Diego, *op. cit.*, pp. 769-819



Chávez y a Antonio Caso que estaban lejos de ser piezas claves del movimiento revolucionario. Posteriormente el propio Vasconcelos, como rector de la Universidad en la presidencia interina de Adolfo de la Huerta y como secretario de Educación Pública con Álvaro Obregón, continuará nucleando a los ateneístas en torno a su proyecto educativo y de política cultural en general. Del Ateneo saldrán cuatro rectores de la Universidad Nacional: José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Pruneda y Genaro Fernández Mac Gregor.<sup>40</sup> Será al interior de las instancias universitarias que los ateneístas tendrán oportunidad de impartir cátedra, de publicar, de acrecentar su prestigio y de darse a conocer entre las nuevas generaciones estudiantiles, como la de los llamados Siete Sabios, que serán las encargadas de honrar o denostar a sus maestros, pero manteniéndolos en un espacio histórico transgeneracional como figuras relevantes, dignas de ser discutidas.

### **Las estrategias de consagración**

Además de estas *instancias de reconocimiento*, podemos hablar de *estrategias de consagración* que los escritores construyen como parte de su posicionamiento en el campo literario. Entre estas estrategias encontramos: las polémicas, los mecanismos de clasificación que finalmente son formas de selección de bienes simbólicos (construcción de grupos, de estilos, de antologías) y las revistas. Las polémicas con todo y la dosis de crítica y descalificación que puedan tener, implican necesariamente el reconocimiento de la actividad literaria como algo trascendente: se discute lo que es importante discutir. Argumentar a favor o en contra de un escritor se convierte en una manera de retroalimentar el campo en el cual los escritores están inscritos. Dentro de esta lógica, el desacuerdo no sólo funciona como estrategia de consagración de los escritores que buscan ocupar un lugar y un reconocimiento, sino como un mecanismo que fortalece la generalidad del campo literario. Las polémicas son finalmente una actividad que permite la visibilidad de los actores, independientemente de la posición que se asuma. No sólo se debate lo que es importante debatir, sino que se debate con quien se considera digno debatir. Finalmente, las polémicas necesitan de una infraestructura mínima que les sirva como plataforma de lanzamiento: las revistas, los periódicos, los recintos universitarios y los foros públicos en general. En el caso del Ateneo son célebres las polémicas entre Vasconcelos y Pani a propósito de la Universidad Popular, o las polémicas de Antonio Caso a propósito de la autonomía universitaria y sus críticas a los pensadores positivistas; Vasconcelos discutía con los «literatos» como Reyes y Ureña, etc. Algunas de estas discusiones no sólo eran literarias sino al mismo tiempo políticas. Claude Fell explica cómo, posteriormente a la época del Ateneo, cuando Vasconcelos, como ministro de la SEP, tiene conflictos con Lombardo Toledano, el primero retoma argumentos positivistas para contrarrestar las ideas de Lombardo, a pesar de que Vasconcelos se había caracterizado

---

<sup>40</sup> Matute, Álvaro, *El Ateneo de México*, México, F.C.E., 1999, p.24.

precisamente por ser un crítico del positivismo<sup>41</sup>. De la misma forma el antinorteamericanismo de Vasconcelos está lejos de ser una constante y éste será exacerbado o anulado en función de coyunturas políticas concretas como en el caso Manuel Ugarte<sup>42</sup>. Con respecto a las revistas se ha comentado que Savia Moderna fue precisamente la revista que al Ateneo le faltó. Efectivamente, aunque Savia Moderna<sup>43</sup> fue un proyecto a partir del cual se nuclearon algunos de quienes serían después importantes ateneístas, como Alfonso Cravioto quien fue su fundador, lo cierto es que el Ateneo como tal no tuvo una revista que le sirviera como espacio de aglutinamiento e identificación. Quizá las diferencias políticas entre los ateneístas, la heterogeneidad en la composición de sus miembros y la inestabilidad revolucionaria impidieron la concreción de un proyecto de este tipo. En relación con la clasificación y la construcción de una identidad, debe subrayarse cómo el surgimiento de una identidad literaria implica que un grupo más o menos numeroso de escritores se adscriban a un estilo particular, o sean identificados por otros como compartiendo un estilo que marca una ruptura con respecto a otras corrientes ya consagradas o con las que están en competencia. En ese sentido, la construcción de una identidad literaria implica un proceso donde intervienen los críticos externos, la elaboración de antologías y, obviamente, las revistas las cuales van poniendo en forma, reagrupando lo disperso y produciendo principios de generalización a partir de los cuales se puede reconocer el sello de un grupo. El reconocimiento de una identidad literaria y la elaboración de antologías implican un proceso de selección de bienes simbólicos y de principios de diferenciación no siempre evidentes, por eso, cuando se elaboran antologías, generalmente se producen discusiones entre quienes se sienten excluidos o quienes, por el contrario, no se reconocen como parte de los escogidos. Los miembros del Ateneo -donde figuraban escritores, músicos, arquitectos y pintores, pero donde predominó la actividad literaria- se caracterizaron básicamente por crear mecanismos de distinción con respecto a otros escritores o filósofos (románticos, modernistas, positivistas), sin que por ello se pueda afirmar que a ellos se les pueda identificar una corriente literaria o un sistema filosófico particular. El Ateneo marcó rupturas en el terreno político y tuvo, a título individual, grandes escritores, artistas y pensadores dentro de sus filas, pero no se caracterizó por generar un sello propio. La historia del Ateneo es el producto de los escritos de varios de sus

<sup>41</sup> Fell, Claude, José Vasconcelos. *Los años del Águila (1920-1925)*, México: Unam/Instituto de investigaciones históricas, 1989, p. 342-347.

<sup>42</sup> La llegada de Manuel Ugarte a México, durante la presidencia de Francisco I. Madero, representaba un problema diplomático en la medida que el escritor de origen argentino, era conocido por sus críticas a los afanes expansionistas de los Estados Unidos. En aquella época tanto Madero como Vasconcelos fueron acusados, por grupos estudiantiles simpatizantes de Ugarte, de querer sabotear sus presentaciones públicas. En el caso concreto de Vasconcelos, se argumentaba que estaba comprometido en defender los intereses de las compañías norteamericanas que representaba. Vasconcelos desestima los señalamientos y revira que, en todo caso, la política de Porfirio Díaz había sido mucho más proclive a los intereses norteamericanos y que eran los antiguos porfiristas quienes buscaban desprestigiarlo.

<sup>43</sup> «La revista Savia Moderna fue la primera expresión de la que llegaría a ser la generación del Ateneo. Veinte de los sesenta y nueve ateneístas figuraron en la redacción de esta revista de corta vida que apareció de marzo a junio de 1906, dirigida por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón.» Matute Alvaro, *op. cit.*, p. 11.

propios miembros, como el *Pasado Inmediato* de Alfonso Reyes, los fragmentos dedicados al Ateneo por Vasconcelos en el *Ulises Criollo* y en *El movimiento intelectual contemporáneo de México*, o el trabajo de Pedro Henríquez Ureña sobre *La Revolución y la Cultura en México*. Posteriormente, especialistas como García Dueñas, Álvaro Matute, Curiel Defossé y, más recientemente, Susana Quintanilla, por citar sólo algunos, han contribuido a la re-construcción del grupo desde una perspectiva histórica fundamentalmente, pero es difícil agrupar a sus miembros por una producción que comparta un estilo común en el terreno literario, filosófico o ideológico. Adelantemos una observación: el porfiriato tuvo, si quiere verse así, una ideología legitimadora que fue el positivismo. Al Ateneo de la Juventud, se le conoce por su antipositivismo, pero el prefijo «anti» no revela la formación de una ideología propia. Podríamos argumentar que los miembros del grupo mantuvieron una posición humanista, liberal, etc., pero no podemos adjudicar al grupo una forma de identidad concreta. Con otros grupos se habla del positivismo, del modernismo, del romanticismo, etc. En el caso que nos ocupa se habla del Ateneo, solamente.

La pregunta entonces es por qué se consolidó este grupo a pesar de no tener una revista y no compartir una ideología o un estilo común. La respuesta está en su relación con el Estado y en particular con los establecimientos encargados de la política cultural y educativa. En todo caso, las marcas de distinción que contribuyeron a su celebridad como grupo se construyeron seleccionando las características de algunos de sus miembros que sintonizaban con los valores a partir de los cuales se construyó la historia oficial de la revolución por la fracción triunfadora: el antipositivismo, la participación de algunos de sus miembros en los periódicos antireeleccionistas y clubes liberales, el involucramiento de algunos pocos en la lucha revolucionaria, etc. Por otra parte, varios miembros del Ateneo tuvieron una oportunidad histórica que no tuvieron los modernistas, ni los positivistas porfirianos, pues tuvieron por misión, o por lo menos así lo creyeron, materializar la unión entre política y cultura en un contexto de destrucción y debilidad de las instituciones que la revolución había propiciado, pero también en el marco de una refundación imaginaria del país.

### Referencias bibliográficas

- Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas. Escritos de Literatura y Arte*, vol. XII, México, Sep, 1988.
- Batís, Huberto, *Lo que Cuadernos del Viento nos dejó*, México, Diógenes, 1984, p.140, citado por Pereira, Armando, «Juan García Ponce y la escritura cómplice», en *La escritura cómplice. Juan García Ponce ante la crítica*. México, ERA, 1997.
- Benjamin, Walter, «La Obra de Arte en la Época de su Reproductibilidad Técnica», in *Discursos Interrumpidos*, Madrid: Taurus, 1973.
- Bowness, Alan, *The Conditions of Success: How the Modern Artist Rises to Fame*, New York: Thames and Hudson, 1989.

- Cabrera, Luis, *Obras Completas. Vol. III Obra Política*, México: Oasis, 1975.
- Campos, Rubén M., *El bar. La vida literaria de México en 1900*, Mexico: Unam, 1996.
- Carballo, Emmanuel, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Xalli, 1991.
- Cohn, Deborah, «La construcción de la identidad cultural en México: Nacionalismo, cosmopolitismo e infraestructura intelectual, 1945-1968», en Vanden Berghe, Kristine y van Delden, Maarten (Coord.), *Foro Hispánico*, n° 22, Editions Rodopi / Presses Universitaires de Namur.
- Curiel Defossé, Fernando, «José Vasconcelos: forzado relevo ateneísta», en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 1998, n° 18.
- Escalante, Evodio, «Contemporáneos y estridentistas en el estadio del espejo», en Olea, Franco Rafael y Staunton, Anthony, *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*, El Colegio de México, 1994.
- Fell, Claude, José Vasconcelos. *Los años del Águila (1920-1925)*, México: Unam/Instituto de investigaciones históricas, 1989.
- Garcíadiego, Javier, «De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana», en *Historia mexicana*, abril-junio de 1997, vol. XLVI, n° 4
- Hauser, Arnold, «The social status of renaissance artist»,(1951), in Tanner, Jeremy (Ed.), *The Sociology of art. A reader*, New York: Routledge, 2003.
- Heinich, Nathalie, *Le triple jeu de l'art contemporain: sociologie des arts plastiques*, Paris, Minuit, 1998.
- Hernández Prado, José, «El liberalismo de Antonio Caso», en *Sociológica*, México: UAM, mayo-agosto de 2000, año 15, N° 43.
- Hernández Prado, José. «El replanteamiento de la Sociología Profunda de Antonio Caso», en *Sociológica*, México: UAM, enero-abril de 1994.
- Hernández, Prado, José, «Los conceptos de Realidad Social y Sociología en Antonio Caso», en *Sociológica*, México: UAM, septiembre-diciembre de 1990, n° 14.
- Jiménez Rueda, Julio, *Letras Mexicanas en el Siglo XIX*, México: F.C.E., 1989.
- Lipset, Seymour M. y Rokkan, Stein, «Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: an Introduction», in Rokkan, Stein y Lipset, Seymour M. (Ed.), *Party System and Voter Alignments*, New York: The Free Press.
- Lopez Caballero, Paula, « Le nationalisme ordinaire, un régime de vérité pragmatique? Anthropologie des symboles nationaux au Mexique », in *Raisons politiques*, no 37, Presses de Sciences Po, febrero de 2010.
- Mair, Peter, «L'Hypothèse du gel des clivages politiques: une évaluation», in *Revue internationale de politique comparée*, vo l. 5 n° 3.
- Matute, Álvaro, *El Ateneo de México*, México, F.C.E., 1999.
- Quintanilla, Susana, *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, México: Tusquets, 2008.
- Ramírez Rancaño, Mario, «La república castrense de Victoriano Huerta», en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México: Unam / Instituto de Investigaciones Históricas, julio diciembre de 2005, vol. 30.



Reyes, Alfonso, «Carta XXIV», en *La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959*, México: El Colegio Nacional, 1995.

Reyes, Alfonso, «Pasado inmediato», en *Obras completas*, primera edición 1960, Segunda reimpresión 1997, México: F.C.E., Vol. 12

Ruiz Gaytán, Beatriz, en «Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios», en *Historia Mexicana* 64, Colegio de México, abril-junio de 1967, vol. XVI, n° 4.

Serrano Sánchez, Carlos y Rodríguez, Eugenia Martha, «El pensamiento y obra pionera de Nicolás León en la Antropología Física mexicana», en *Anales de Antropología. Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas*, México: Unam, 1993, vol. 30.

Sheridan, Guillermo, *Los contemporáneos ayer*, México: FCE, 1985.

Vasconcelos, José, «Don Gabino Barreda y las Ideas Contemporáneas», en *Conferencias del Ateneo de la Juventud. Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna*, Mexico: Unam, 1984.

Vasconcelos, José, *Ulises Criollo*, México: F.C.E., 2000.

Victoria, Alexander D., *Sociology of arts: exploring fine and popular forms*, Oxford: Blackwell Publishers, 2003.